

LA CRUZ DEL VIERNES Y SÁBADO SANTOS

La presentación de la cruz en la celebración del Viernes Santo

En la celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo, el Misal Romano ofrece dos posibilidades para introducir la cruz en la iglesia y mostrarla a los fieles.

La primera de ellas, la que nos legó la tradición, es entrar con la cruz cubierta por un velo y descubrirla progresivamente en el presbiterio. Primero se destapa la parte superior, seguidamente el brazo derecho y finalmente el brazo izquierdo, mientras se canta cada vez *Mirad el árbol de la cruz...*

La segunda, incorporada en la reforma litúrgica realizada por mandato del Concilio Vaticano II, consiste en introducir procesionalmente en la iglesia la cruz sin tapar y detener esta procesión en tres ocasiones: en la puerta de la iglesia, en la mitad del recorrido y antes de subir al presbiterio; cantando en las tres ocasiones *Mirad el árbol de la cruz...*

Las dos posibilidades están permitidas y, por tanto, son válidas. Sin embargo, consideramos mucho más expresiva la segunda opción por la conexión que muestra con la Vigilia Pascual y con Cristo resucitado. Se manifiesta la unidad y continuidad de ambas celebraciones pues en los tres lugares donde el Viernes Santo se muestra a Cristo crucificado, en la Vigilia Pascual se presenta el cirio pascual, signo de Cristo resucitado. En el mismo sitio donde el Viernes Santo veíamos a Cristo muerto se muestra, en la Vigilia Pascual, el triunfo de la vida. El crucificado es el resucitado; el resucitado es el crucificado.

La cruz después de la celebración de la Pasión

Acabada la celebración de la pasión del Viernes Santo, la cruz que se ha dado a venerar queda en el altar o cerca de él. Y ante ella se hace, desde entonces hasta el inicio de la Vigilia Pascual, genuflexión (cf. IGMR 274). Recordemos que no hay reserva eucarística y por tanto la cruz es el signo más expresivo en ese momento de Cristo y del misterio que conmemoramos. Así que nuestra reverencia y adoración se dirige a Cristo crucificado.

Esta cruz ¿debe o no debe tener la imagen del crucificado? A primera vista podríamos pensar que es suficiente presentar la cruz. Por una parte, las rúbricas de la celebración de la Pasión del Viernes Santo no especifican que deba

contener la imagen del crucificado. Se habla simplemente de «cruz». Por otra parte el canto que acompaña a la presentación de la cruz habla explícitamente del «árbol de la cruz» y no del crucificado: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo; venid a adorarlo».

No obstante, si ahondamos en el sentido del símbolo y de su contexto descubriremos que, por supuesto, debe tener la imagen del crucificado.

En primer lugar, porque a pesar de que las rúbricas de la celebración del Viernes Santo no especificuen que se trate de una cruz con la imagen del crucificado, la Introducción General del Misal Romano, al hablar de la cruz que debe haber sobre el altar o junto a él, señala que se trata de una cruz con la imagen del crucificado (cf. IGMR 308). Por tanto, se supone que la del Viernes Santo, el día en el que precisamente conmemoramos el misterio de la crucifixión del Señor, también. Seamos conscientes de que no es la cruz lo que nos salva, sino el crucificado. Una cruz sin el crucificado no es signo de salvación.

En segundo lugar, porque la antifona que se canta para presentar la cruz procede del rito en el que se mostraba el *lignum crucis*, la reliquia de la cruz y por ello dice explícitamente «donde estuvo clavada la salvación del mundo». Es en este contexto donde adquiere su pleno significado. Sin embargo como se siguió empleando cuando dejó de mostrarse la *vera crux*, si se desconoce su procedencia, podría ser causa de confusión.

Algunos sugieren presentar la cruz con la imagen del crucificado el Viernes Santo, pero el Sábado Santo dejarla desnuda para expresar visualmente que Cristo reposa en el sepulcro. Se trataría en este caso de una dramatización ajena al rito romano que dividiría en dos momentos el tiempo en el que la cruz permanece expuesta a los ojos de los fieles: el del Viernes Santo y el del Sábado Santo, el de la cruz con el crucificado y el de la cruz sin el crucificado. Pero recordemos que, en el rito romano, el Sábado Santo no deja de ser más que un día de transición entre la muerte y la resurrección, entre el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección. De tal modo que el Sábado Santo no tiene una celebración propia exceptuando la Liturgia de las Horas. Es un día de silencio, como lo llama el Misal Romano, donde sigue ocupando el lugar central la cruz, con el crucificado, que se veneró en el día precedente y que se dejó «entronizada» hasta la Vigilia Pascual. Y ante ésta, tal y como dijimos, se hace genuflexión. No tendría sentido hacer genuflexión ante una cruz sin Cristo, ya que es a él al que se dirige nuestra adoración. Pues, como dijimos, no es la cruz la que nos ha salvado sino el crucificado.

JOSÉ ANTONIO GOÑI